

LA UTOPIA JESUITICA EN LA OCUPACION TERRITORIAL DE BAJA CALIFORNIA DURANTE EL SIGLO XVIII

Eulalia Ribera Carbó

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
eribera@mora.edu.mx

La utopía jesuítica en la ocupación de Baja California durante el siglo XVIII (Resumen)

El 5 de febrero de 1697, los jesuitas consiguieron la licencia virreinal para entrar en la península de Baja California, en la que durante los dos siglos precedentes habían fracasado todos los intentos de colonización. Los jesuitas concentraron en forma exclusiva la autoridad civil y la militar además de la religiosa. La experiencia californiana fue para ellos la posibilidad de avanzar en la construcción de una utopía cristiana, que pretendía sustraer territorios y personas a las relaciones de dominación colonial, lograr una óptima organización social con autonomía económica y, por supuesto, salvar almas a través de la evangelización de los indios. Pero aquella utopía, que durante 70 años se creyó posible, estaba condenada al fracaso. Sin embargo, su trascendencia debe estudiarse en el marco del complejo proceso histórico del expansionismo colonial europeo.

Palabras clave: Baja California, jesuitas, misiones, utopía.

The Jesuit utopia during the 18th century occupation of Baja California (Abstract)

On February 5, 1697, the Jesuits obtained the viceregal authorization to get into the Baja California peninsula, where all the previous efforts of colonization had failed thus far. The Jesuits thereby became the only civil, military and religious authority. This experience represented for them the possibility to construct a Christian utopia with a threefold purpose: to restrain the territories and the peoples from the relations of Colonial control; to achieve an optimal social organization with economic autonomy; and to save souls through the evangelization of native populations. The utopia was deemed possible for 70 years, yet it was doomed to failure. Nevertheless its significance must be studied in the context of the complex historic process of the European colonial expansion.

Key words: Baja California; Jesuits; missions; utopia.

Las ideas sobre mundos felices ubicados en lugares inciertos proliferaron durante el Renacimiento. A finales del siglo XV y durante el siglo XVI se inspiraron en la *República* de Platón. Proponían organizaciones sociales justas y armónicas. Pensadores, filósofos, humanistas como Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam, Francis Bacon o Tomás Campanella soñaron con sociedades que se acercaran a la perfección, sustentándose en una organización comunitaria y sin acumulación de bienes; sociedades igualitarias, pacíficas, tolerantes, que debían usar el conocimiento para lograr el bien común. En aquella época la crisis del mundo feudal resquebrajaba las antiguas solidaridades gremiales, ponía en entredicho a las corporaciones y sus ordenanzas de autogobierno, amenazaba los derechos colectivos de los campesinos, socavaba el poder de la vieja aristocracia y cuestionaba la autoridad omnipresente de la iglesia católica. La pujante burguesía irrumpía contundentemente en el panorama europeo con su individualismo, sus afanes de lucro y de acumulación de riqueza. En el ambiente de incertidumbre ante un mundo cambiante fue que empezaron a mitificarse los tiempos perdidos imaginando la feliz Arcadia. “Pero entonces sucedió algo extraordinario: aquellos teóricos de lo imposible tuvieron discípulos [...] El país de Utopía cambió de escenario y de tiempo; se trasladó a Indias y se vislumbró posible inclusive para verlo realizado en el curso de una vida humana.”¹

Vastas tierras para la utopía y frailes de sotana negra

América parecía infinita de norte a sur. En el área mesoamericana y en los valles andinos del Perú, los españoles conquistaron a sangre y fuego a pueblos con culturas refinadas y desarrollo notable, que habían inventado tecnologías y prácticas agrícolas que permitían cosechar en un amplio rango de ambientes naturales y condiciones ecológicas.² Fue fácil aprovechar la destreza y la organización de trabajo, para incorporar a los indios a la economía colonial en beneficio de la Corona y de los conquistadores convertidos en nuevos señores de la tierra.

Sacerdotes y frailes llegaron también desde el primer día para legitimar la presencia imperial con las armas simbólicas de la fe cristiana. Y fueron precisamente algunos de ellos, prosélitos de los humanistas utópicos, quienes vieron en aquellos indios derrotados, humillados e inmisericordemente explotados, la posibilidad de recuperar la Edad de oro fincada en su laboriosidad, en su bondad primigenia de la que estaban convencidos y, sobre todo, en su posesión colectiva de las tierras trabajadas para el beneficio común, una vez que hubieran sido evangelizados. Se convirtieron en sus protectores ante la ambición codiciosa de los que llegaban de España buscando fortuna. Los primeros nombres paradigmáticos son Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga, el primero por su conocida defensa de los indios en Cuba, La Española, Nicaragua, Guatemala y en su obispado de Chiapas, y su abogacía por ellos ante la corona española, que acabó concretándose en la redacción de las Leyes Nuevas. Y el *tata* Vasco por la fundación de sus pueblos-hospital de la Santa Fe cerca de la ciudad de México y en su obispado de Michoacán, inspirados en la *Utopía* de Moro.

¹ Carbó, 1997, p. 15.

² Whitmore y Turner, 1992.

Pero no todo lo que encontraron los españoles era igual. En las extensas periferias de las regiones agrícolas de los virreinos de la Nueva España y del Perú, pueblos de cazadores-recolectores seminómadas opusieron aguerridas resistencias al avance colonial. Durante la primera mitad del siglo XVI, la expansión española hacia el norte de lo que hoy es México estaba estancada por la insumisión feroz de los llamados, genéricamente, chichimecas. Sin embargo, a mediados de la centuria, cuando se descubrieron los yacimientos de plata de Zacatecas, se inició una carrera que tuvo que enfrentar la hostilidad de aquellos indios, que eran malos candidatos a incorporarse a un sistema sedentario. Y así, la historia de la penetración al norte de la Nueva España es la historia de cómo se fue transformando con grandes dificultades la “tierra de guerra” en tierra de cultivo, de ganados y de centros mineros.³ La guerra en guerrillas que practicaban los indios con un gran conocimiento del territorio era difícil de pelear, y se hizo urgente determinar soluciones para facilitar la apertura de frontera. Poco a poco se fueron levantando fuertes o presidios con sus pequeños poblados, estratégicamente colocados en los caminos de avanzada. Al cabo de los años, los presidios habían tenido un cierto éxito en materia de defensa, pero estaban dificultando la pacificación general. La conquista con la espada intensificaba la hostilidad hacia los invasores.⁴

Fue en ese escenario en el que se ensayó otra estrategia para la ocupación territorial del Septentrión: la de la diplomacia y la compra de voluntades para lograr la conversión religiosa de los indios. Sus encargadas fueron las órdenes religiosas. Y entonces se empezó a construir una amplia red de misiones que se convirtió en la más importante institución de la avanzada española, y pieza clave para incorporar a los pueblos originarios de aquellas tierras norteñas al modo de vida español.

Los jesuitas llegaron tarde. Cuando en 1572 arribaron por vez primera a la Nueva España después de una exploración fracasada en La Florida, los franciscanos, dominicos y agustinos hacía casi medio siglo que se repartían el trabajo evangelizador por los territorios conquistados de la antigua Mesoamérica. Enseguida se relacionaron con mineros y comerciantes ricos, y en pocos años tenían compradas o habían recibido en donación tierras de agostadero para ganado mayor y habían fundado diversos colegios. En 1589 levantaron su primera misión en San Luis de la Paz sobre el camino de la Plata, adentrándose en La Gran Chichimeca.⁵ A partir de entonces fueron los encargados de abrir o acompañar la apertura de frontera en el noroeste, misma que resultó especialmente dificultosa. Empezaron en Sinaloa, en lo que hoy es villa de Leyva, que era el punto más adelantado del poder español. Y desde ahí, avanzaron por tierras de indios mayos, yaquis y pimas, en la Sierra Madre Occidental y los valles fluviales que de ella descienden por la llanura costera, hasta el mar de Cortés en aguas del Pacífico. También lo hicieron entre tepehuanes y tarahumaras de la misma sierra, en Durango y Chihuahua. A finales del siglo XVII habían llegado por el desierto de Sonora hasta Arizona y participaron en una penetración fallida a la Baja California; en el siglo XVIII lograrían su permanencia en la península y entrarían en el territorio cora de Nayarit.⁶

³ Florescano, 1973.

⁴ Ver el libro ya clásico de Powell, 1984.

⁵ Marzal, 1992.

⁶ Marzal, 1994.

La guía inspiradora del espíritu de las misiones jesuíticas por toda la América española la proporcionó José de Acosta. Acosta llegó al Perú en 1572, y después de recorrer el virreinato y comprobar el fracaso de la primera evangelización, presidió en 1576 una congregación de la provincia en la que se discutieron los fallos catequistas. Acumuló experiencia como provincial del Perú, y en 1588 publicó la obra *De procuranda indorum salute*, en la que propone evaluar la realidad de los pueblos indios americanos. El tratado, destinado a los evangelizadores como un manual para la actividad misionera, puede ser considerado un código de ética política, un código de la ética colonial.⁷ Por ello, el historiador peruano Manuel Marzal ve en José de Acosta y su *De procuranda*, el aliento de la utopía jesuítica.⁸

Acosta intentó resolver el problema de las contradicciones planteadas por la estrecha relación de la Iglesia con el Estado colonial, que les imponía a los indios una dominación económica, política y cultural, al tiempo que procuraba su evangelización. Desde luego que para Acosta, las religiones de los indios tenían un origen diabólico, pero en su texto manifestó el convencimiento de que intentar imponer por la fuerza el evangelio era un error. Proponía respetar las costumbres “patrias y tradicionales” de los indios,⁹ aquellas que no se opusieran a la justicia o al cristianismo, y permitirles organizarse jurídicamente conforme a ellas como ordenaban las disposiciones del Consejo de Indias. Tampoco pretendía acabar con la dominación colonial -aunque si minimizarla-, sino más bien buscar la mejor forma de evangelizar a pesar de ella. En esos momentos las Leyes Nuevas otorgaban una posición jurídica menos indefensa a los indios, y quizá por ello Acosta no se erigió en un denunciante de injusticias a semejanza de fray Bartolomé de las Casas; más bien ejerció como teólogo moralista en búsqueda de modos evangelizadores acertados.¹⁰

El *De procuranda* fue, entonces, un programa enfocado en la praxis más que en la teoría. Fue un claro reflejo del humanismo renacentista. En sus libros se defiende la naturaleza humana de los indios y, por lo tanto, se señala el papel imprescindible de la educación para el éxito de la labor pastoral. Se rechaza la guerra como procedimiento de conquista y, si acaso, se sugiere proceder con mano dura pero trato amable. Había que educar, sobre todo educar. “Y la verdad no hay nación, por bárbara y estúpida que sea, que no deponga su barbarie, se revista de humanismo y costumbres nobles, si se la educa con esmero y espíritu generoso desde la niñez”.¹¹ Los misioneros debían aprender las lenguas indígenas y usarlas en la catequesis para asegurar la transmisión del conocimiento evitando, a la vez, desgarramientos identitarios que dificultaran el proceso de conversión. “Los jesuitas comenzaron por donde debían [...] eran ‘lenguaraces’ excepcionales” dice Augusto Roa Bastos. “Entrados en la lengua de los indios, los padres habían conquistado la mitad de su alma”¹². También había que preocuparse por el gobierno recto y la administración proba, tarea de suyo difícil ante la avaricia y la corrupción de los españoles en Indias; e indios y españoles debían organizarse en una misma comunidad política, según la concepción moderna de los Estados consolidados en Europa.

⁷ García, 1994.

⁸ Marzal, 1999.

⁹ Marzal, 1999, p. 490.

¹⁰ Marzal, 1994; Marzal, 1999.

¹¹ Valcárcel, 1989, p. 400.

¹² *Tentación*, 1991, p. 23.

Como se dijo, el tratado de Acosta fue el numen de la amplia labor misionera jesuítica que, con la excepción de Tepozotlán en México y Juli en Perú, se extendió por las periferias del imperio hispanoamericano entre indios nómadas o seminómadas, tal y como sucedió en el norte novohispano. Ello le permitió a los jesuitas actuar con cierta independencia respecto del control de la Corona, y aplicar con autonomía sus métodos en la organización de los pueblos de misión o reducciones de indios. Pero debe señalarse que no solamente fue la lejanía del centro lo que les facilitó la autonomía política. Los jesuitas ejercieron como buenos administradores y hombres de negocios, conscientes de que su libertad de actuación pasaba por asegurar el sustento económico de su actividad misionera, de sus residencias, seminarios y sus colegios de enseñanza. Fueron acaparando tierras en las que hicieron funcionar haciendas altamente productivas, especializadas en hatos de ganado mayor y menor, plantación de cultivos comerciales y desarrollo de agroindustrias como la vitivinícola y la azucarera, que utilizaban mayormente mano de obra esclava de origen africano. En la Nueva España, la Compañía de Jesús llegó a poseer más de un millón de hectáreas de suelo rural que comprendía algo más de 140 haciendas.¹³

Así, con su *De procuranda*, sus colegios, sus haciendas y sus misiones norteñas, a finales del siglo XVII los jesuitas estaban ya a las puertas de Baja California.

California, a la diestra mano de las Indias

En el libro de caballerías *Las sergas de Esplandián* publicado en 1510, su autor, Garci Rodríguez de Montalvo, sitúa una de sus aventuras, relacionada con amazonas en un lugar ficticio escribiendo: “Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla, llamada California muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal.”¹⁴ El libro fue muy popular y de los más solicitados por los libreros americanos. Por eso no es de extrañar que el conquistador Juan Rodríguez Cabrillo, en su viaje de navegación y reconocimiento por las costas del Pacífico, en 1542, bautizara como California a la península que por mucho tiempo se creyó isla.¹⁵ Y como en la novela, aquellas tierras alargadas frente a las costas de Sonora estuvieron envueltas por fantasías desde el siglo XVI, después de que Hernán Cortés diera noticia de ellas con su intento, el primero, por establecer ahí una pequeña colonia en 1535. Había fracasado como después lo hicieron tantos otros. Pero la idea acerca de las grandes riquezas que se escondían en aquellos lugares remotos mantuvo vigente el sueño de muchos por conquistarlos.¹⁶

La entrada a California y el inicio de la labor misionera

Después de que en 1565 se encontrara la ruta oceánica para el tornaviaje de Filipinas a la Nueva España, se acrecentó el interés por California. La llamada Nao de China zarpaba desde las inmediaciones del archipiélago de Japón, cruzaba el Pacífico y tocaba costas americanas a los 40° de latitud norte aproximadamente, y desde ahí seguía bordeando la

¹³ Negro y Marzal, 2005, p. 13; Arnal, 2005, p. 125.

¹⁴ Pascual, 1963.

¹⁵ Heufemann, 2014.

¹⁶ El historiador mexicano Ignacio del Río utilizó la frase *A la diestra mano de las indias* para titular su libro sobre el descubrimiento de Baja California y los antecedentes de la llegada de los jesuitas a la península. Río, 1985.

costa hasta llegar a su destino final en Acapulco. Pero entonces la presencia de piratas en la Mar del Sur, que amenazó el comercio entre las colonias españolas de Asia y América, y la persistente idea de la existencia de un paso llamado de Anián, que en el norte del continente americano debía comunicar con el Atlántico, fueron determinantes para centrar geopolíticamente a California; había que lograr su poblamiento y encontrar un puerto para ofrecer abrigo, defensa y abastecimiento al galeón de Filipinas. Todos los proyectos de colonización fueron infructuosos. Se hicieron numerosos viajes de reconocimiento y exploración científica. Hubo más de una iniciativa por establecer una pequeña colonia en la bahía de La Paz donde lo había intentado Cortés, pero todas tuvieron que abandonarse ante la adversidad de un medio seco y hostil.¹⁷

El último esfuerzo del gobierno virreinal por colonizar a California había financiado en 1683 al almirante Isidro Atondo de Antillón, gobernador de Sinaloa, quien acompañado de cien hombres armados y de algunos jesuitas pasó algunos meses explorando e intentando sin éxito encontrar metales preciosos. Entre los jesuitas que acompañaban a Atondo estaba Eusebio Francisco Kino, quien después de que terminara sin éxito la intentona californiana, no cejó en la idea de volver a la península para establecer en ella un sistema de misiones. De vuelta en la Pimería Alta que estaba a su cargo, entusiasmó con su proyecto a su correligionario, el italiano Juan María de Salvatierra, cabeza de la misiones de la Tarahumara, y juntos se dedicaron durante varios años a hacer gestiones ante el gobierno virreinal para obtener autorización de entrar a California. Después de múltiples trámites y de procurarse fondos de donativos particulares para financiar lo que tanto había costado al real erario durante los siglos XVI y XVII, Kino y Salvatierra obtuvieron la licencia del virrey José Sarmiento de Valladares, el 6 de febrero de 1697: los jesuitas financiarían la empresa sin ninguna ayuda gubernamental, tomando posesión de la tierra en nombre del Rey, pero el misionero en jefe concentraría toda la autoridad, y únicamente dependería de la confirmación del virrey en sus decisiones y nombramientos de cargos para la administración de justicia y de hombres de armas.¹⁸

No tardaron en organizar la primera expedición que partió del puerto del río Yaqui el 6 de octubre de 1697. Pero Salvatierra tuvo que irse solo ya que Kino tuvo que quedarse para tratar de apaciguar revueltas que se habían suscitado entre los indios yaquis de Sonora. Los expedicionarios buscaron los restos de la misión de San Bruno donde había estado la pequeña colonia de Atondo, pero el lugar no resultó adecuado para establecerse, y finalmente decidieron quedarse en la bahía de San Dionisio, un poco más al sur, donde encontraron una laguna que sirvió de abrevadero para los animales y manantiales para abastecerse de agua los hombres. Ahí se fundó el real y misión de Loreto, en el que al cabo de unos meses se habían construido una capilla y algunos cuartos para Juan María Salvatierra, su paisano y correligionario Francisco María Píccolo, el capitán y el tesorero del grupo. Desde entonces, Loreto fungió como la capital del sistema misional de la península.¹⁹

Durante los primeros años, la colonia tuvo que depender exclusivamente de los abastecimientos que llegaban de la contracosta continental y que se obtenían con las

¹⁷ Río, 1985.

¹⁸ Río, 1985; Río, 1999.

¹⁹ Engelhardt, 1908; Masten, 1968.

donaciones que se habían conseguido o de lo que lograba juntar Kino en sus misiones de Sonora. Pero la incertidumbre de los aportes decidió al padre Salvatierra a proponer que la Compañía se hiciera de haciendas para asegurar el apoyo. Fue así como se constituyó el llamado Fondo Piadoso de las Californias, que se acrecentó con donaciones de benefactores acaudalados. El padre procurador que administraba los bienes del Fondo radicaba en el Colegio de San Andrés en la ciudad de México, y ello hacía difícil la comunicación con Baja California. Lo cierto es que aunque el Fondo desde su fundación acrecentó constantemente sus bienes con compras y donativos de benefactores acaudalados, y sus valores alcanzaban sobradamente para mantener la empresa californiana, la precariedad con la que se sostenían las misiones llegó en ocasiones a niveles trágicos. Por eso, Ignacio del Río afirma que la administración del Fondo Piadoso fue, cuando menos, sospechosa.²⁰

Salvatierra y Pícolo no tardaron en darse cuenta de las graves limitantes que imponía el medio físico californiano a la expansión agrícola y el sostenimiento de la incipiente colonia. Exploraron tierra adentro y en noviembre de 1699 fundaron la segunda misión en un valle en la sierra de La Giganta. San Francisco Javier quedó comunicada con Loreto con un camino para mulas y caballos abierto por Pícolo, algunos nativos y soldados. Pero las condiciones de vida eran precarias y cuando se agotaban las provisiones los misioneros y sus acompañantes se veían obligados a imitar a los indígenas californios y pescar, recoger pitahayas en las montañas y cazar pequeños animales para subsistir.²¹ En 1700 Salvatierra viajó a Sonora y fundó una misión al norte de la desembocadura del río Yaqui, San José de la Laguna, para servir como depósito de abastecimientos para California y como apoyo a la navegación hacia la península.²² Pero los jesuitas no podían concentrarse exclusivamente en su labor misionera. Tenían el encargo de la Corona de buscar el puerto de abrigo para el galeón de Filipinas que tanto habían buscado los expedicionarios que habían recorrido las costas de la península desde hacía más de un siglo. Las exploraciones hacia el norte y hacia el sur de Loreto no tuvieron éxito en ese sentido, pero en cambio localizaron lugares con condiciones que parecían adecuadas para nuevas fundaciones.

Muy pronto se fue reconociendo a los californios: pericúes los del extremo sur, guaycuras los que habitaban entre La Paz y Loreto, y cochimíes los que se extendían por el resto de la península. Los misioneros cronistas los clasificaron así por las lenguas que hablaban y enseguida se pusieron a aprenderlas. Cuando entre 1704 y 1706 los nuevos arreglos financieros del Fondo Piadoso aseguraron cierta bonanza, los jesuitas se abocaron a la creación de nuevas misiones en los lugares reconocidos en sus exploraciones, que además de manantiales y algo de suelo fértil abarcaban regiones con un número considerable de indios para evangelizar. Así fue como se fundaron Santa Rosalía de Mulegé, San Juan Bautista Malibat y San José de Comondú. Los pueblos de misión fueron pequeños. Tenían a duras penas un pequeño caserío de chocitas endebles alrededor de la iglesia y sus dependencias, construidas, éstas sí, de piedra. Generalmente se arreglaba un huerto con árboles frutales y hortalizas; más allá estaban las tierras de agostadero y, cuando era posible, algunas parcelas para la siembra. Muchas veces, la escasez de agua obligaba a

²⁰ Río, 2005.

²¹ Engelhardt, 1908.

²² Masten, 1968.

sembrar en sitios alejados en los que se formaban “pueblos de visita”, pero en los que no siempre hubo población asentada permanentemente.²³

Al final de la segunda década del siglo XVIII, veinte años después de la llegada a la bahía de San Dionisio, las cinco misiones funcionaban con cierta prosperidad económica, sobre todo la de San Javier, en donde se habían hecho dos estanques de cal y canto, y varios canales de riego para conducir las aguas de un arroyo hasta las tierras de labor. Había olivos, viñas, higos, y habían prendido con cierto éxito la caña de azúcar y el arroz. Se cosechaban maíz y trigo. Se criaban ovejas y pronto se empezó a producir vino. Según Masten, en 1715 se contaban 400 cabezas de ganado vacuno que todavía no se sacrificaban para alimentar a la población, en espera de que se multiplicaran.²⁴ Pero los trabajos para lograr aquello no eran más arduos que la labor evangelizadora. Los jesuitas habían llevado a California indios yaquis cristianizados para trabajar en la siembra y en la apertura de caminos, pero los californios difícilmente se plegaban a su ejemplo. Se acercaban atraídos por el ofrecimiento de comida, algunos se dejaban cristianizar, pero en cualquier momento regresaban al monte y se resistían a andar vestidos. Muy al principio, el 3 de julio de 1698, el padre Salvatierra había escrito en una carta al procurador jesuita Juan de Ugarte:

De este modo se iba pasando, y siempre con constancia, en todas las funciones espirituales y doctrinas de los indios, cuando de repente se nos fue retirando toda la gente [...] para otra parte [...] pero no hemos podido penetrar el fin hasta ahora, si es por idolatrías como se supone por ser el mes de junio en mes en que, según algunas relaciones antiguas dicen, se retiran los indios californios a idolatrar y a restablecer todos sus estilos de grandes agujeros en las orejas –en que caben muchos canutillos de carrizos-, agujeros en las narices [y] los estilos de no vestirse, siendo grande deshonra en los varones el vestido y, lo que es peor aún, en partes vergonzosas, de suerte que se sienten mucho y se como escandalizan de ver que los mandamos tapar. Pero esperamos que el tiempo todo lo remediará.²⁵

Nada se remedió del todo aunque se logaran avances en el trabajo misionero, y más pronto que tarde los jesuitas tendrían que sufrir un gran descalabro en su proyecto.

La ocupación del sur y la rebelión de los indios

Desde la llegada de los jesuitas a Loreto había existido el interés por ocupar el sur de la península y en especial por fundar una misión en la bahía de La Paz, conocida desde tiempos de Hernán Cortés. La misión debía servir de trampolín para llegar hasta el extremo sur y buscar la manera de organizar establecimientos de apoyo a la Nao de China. La prosperidad relativa lograda en el sistema misional permitió alcanzar el objetivo y en 1720 fue fundada Nuestra Señora del Pilar de La Paz, que pronto se convirtió en cabecera de varios pueblos de visita. Al año siguiente se fundaron Nuestra Señora de los Dolores y Santiago. En las tierras de aquellos rumbos se pudo sembrar maíz con éxito y proliferó el ganado por la abundancia de pastos que crecían en un régimen climático templado con lluvias de verano, menos riguroso que el seco predominante más al norte. Una epidemia de peste desatada entre los naturales, plagas de langosta que acabaron con sembradíos y los ataques constantes de los indios de las islas del golfo de California dificultaron las cosas.²⁶ Se seguía dependiendo de los abastecimientos que llegaban por barco a Loreto desde la

²³ Ríó, 1984.

²⁴ Masten, 1968.

²⁵ *La fundación*, 1997, p. 128.

²⁶ Engelhardt, 1908; Masten, 1968.

contracosta continental. Pero los jesuitas no cejaban en su empeño por convertir indios, sedentarizarlos y acostumbrarlos al trabajo y a las “buenas maneras”; por combatir al agreste paisaje y arrancarle, en la medida de lo posible, los frutos que permitieran sobrevivir y seguir adelante en una labor que más parecía una lucha contra lo imposible. Abrieron caminos, encontraron el anhelado puerto para el galeón en el estuario del río San José, en la punta de la península, y con la llegada de nuevos misioneros se fundaron las misiones de San José del Cabo en 1730 y Santa Rosa de Todos Santos en 1733.

Conforme los jesuitas y sus misiones fueron penetrando en las regiones sureñas, la inquietud de la población pericú y guaycura se fue acrecentando. Desde un principio habían sido los grupos más hostiles a los extranjeros, seguramente debido a la huella, no tan lejana, que la experiencia del almirante Atondo de Antillón y las constantes agresiones de los buscadores de perlas, abundantes en las aguas costeras del extremo sur del mar de Cortés, habían dejado en la conciencia colectiva de los indios. En 1734 un violento acontecimiento interrumpió el lento devenir de la vida misional: el movimiento de rebeldía de mayor magnitud y consecuencias en la historia californiana. Varios grupos de pericúes y guaycuras se levantaron en armas y atacaron las misiones de Santiago y San José del Cabo. La revuelta se extendió a nuestra Señora del Pilar de la Paz y a Santa Rosa de Todos Santos y, en menos de tres semanas, los indígenas destruyeron las cuatro misiones, mataron a dos misioneros, a varios soldados y sirvientes, y recuperaron su soberanía en toda la porción meridional de la península. Fue el único caso en que los aborígenes californianos lograron recuperar para sus dominios una extensión territorial tan grande, violada por la penetración extranjera.

Ante el temor de que el levantamiento se generalizara, todos los misioneros se replegaron en Loreto. Se movilizó a los soldados del presidio que ahí funcionaba bajo las órdenes jesuíticas y a los que acompañaban a los diversos frailes en sus respectivos lugares, para unir fuerzas con las tropas de españoles e indios llegadas de Sonora y Sinaloa.²⁷ Los misioneros ya no podrían en adelante prescindir del aparato militar. La reconquista del territorio fue lenta, pero más aún lo fue la recuperación de los avances logrados por el sistema misional. La animadversión de los indios retrasaría irremediablemente los intentos de acercamiento y convencimiento en torno a la fe cristiana y a la organización del trabajo comunitario para la producción económica de las misiones.

Los primeros intentos de reconquista se hicieron desde La Paz en noviembre de 1734, y se continuaron durante 1735 sin encontrar oposición indígena armada. Pocas fueron las batallas frontales, si bien la violencia y la hostilidad marcaron el desenvolvimiento de los hechos. En enero de 1735, un acontecimiento de trascendencia política y militar vendría a sumarse a la agitación del sur peninsular. El galeón de Filipinas atracó, como ya lo había hecho el año anterior, en la bahía de San Bernabé cerca de San José del Cabo. Pero al bajar la tripulación a tierra para reponerse y descansar de la larga travesía marítima, fue atacada por los indios levantiscos. La Corona decidió instalar un presidio en Cabo San Lucas, que de paso contribuiría a proteger al galeón del acecho de piratas ingleses y holandeses; debía ser independiente del de Loreto y estar fuera de la jurisdicción de las misiones, pero los desórdenes, la indisciplina y la confusión aumentaron en tal forma, que muy pronto el viejo

²⁷ Masten, 1968.

orden tuvo que restablecerse y la nueva escuadra militar quedó una vez más supeditada a las órdenes y leyes de la cabeza misional de Loreto.

La rebelión de 1734 mostró a los jesuitas que su empresa de conquista territorial y espiritual, su utopía, sería inalcanzable o correría el riesgo de un fracaso rotundo mientras la potencialidad rebelde de la población indígena no fuera totalmente erradicada. La campaña de reconquista duró hasta finales de 1737. Después, los misioneros se dedicaron a reconstruir un sistema de organización socio-territorial totalmente en ruinas. En los años que siguieron hubo algunos brotes de rebeldía con efectos muy localizados y que fueron duramente reprimidos, de tal manera que, a partir de entonces, la posibilidad de resistencia de los californios al avance misionero quedó del todo anulado.

Siguieron años de muchas penurias porque la década de los 1740 fue marcada por terribles epidemias de peste, viruela y otras enfermedades, que Masten asegura que mermaron en cinco sextas partes a la población aborígen.²⁸ La dramática situación obligó a los misioneros a reacomodar a la gente y a reducir el número de misiones en función. Además, por esos mismos años, un acontecimiento excepcional estremeció nuevamente la vida misional. Un soldado del presidio de Loreto renunció a su puesto en 1740 y obtuvo permiso para buscar perlas en las costas del mar de Cortés. Pero con la decadencia de algunos placeres pesqueros, el tal Manuel de Ocio se dedicó a buscar vetas argentíferas de las que ya había dejado alguna noticia temprana un capitán del mismo presidio. En 1748 Ocio fundó el mineral de Santa Ana. Poco después, en 1751 se estableció otro real minero de menor importancia llamado El Triunfo de Santa Cruz, y en 1756 el de San Antonio, todos cerca unos de otros entre las misiones de La Paz y de Santiago. Los jesuitas, que legalmente no podían impedir el establecimiento del real de minas, lo obstaculizaron negándose a ofrecer la colaboración necesaria para su subsistencia.²⁹ A pesar de la actitud reacia de los jesuitas para ayudar a aquellos únicos poblados no misionales existentes en California, se estableció un comercio a pequeña escala entre las misiones de Santa Rosa y en menor grado de Santiago y San José del Cabo y los reales de minas, siempre en un ambiente de tensión y sin mayor relevancia a nivel regional. Las misiones vendían sus productos a cambio de plata sin quintar que les servía para comprar implementos de la contracosta, y ornamentos y artículos necesarios para las iglesias.

La minería se enfrentó a serios problemas, no tanto por la baja producción sino por lo dificultoso y caro que resultaba el abastecimiento para la población de los reales y de los materiales necesarios para la extracción y beneficio de los metales. Si bien las misiones satisfacían en buena medida la demanda de productos agropecuarios de los pueblos mineros, los productos manufacturados tenían que ser llevados a California en un barco propiedad de Ocio. Otro gran problema fue la escasez de mano de obra, que tenía que ser suplida con indios yaquis y mayos de Sonora, contratados por temporadas. Cuando en 1753 Manuel de Ocio quiso fundar un pueblo español cerca de San José del Cabo, los jesuitas se opusieron tajantemente hasta obtener un decreto virreinal que ratificaba su superioridad sobre los asentamientos de los reales de minas.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Amao, 1981.

La expansión al norte

Al tiempo en que se establecían las misiones en las tierras costeñas del sur de la Baja California, los jesuitas habían llevado a cabo su avance por los flancos occidentales de la sierra de La Giganta. En 1720 se levantaron las misiones de la Purísima Concepción Cadegomó y Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí al noroeste de Loreto. En 1728, se avanzó más hacia el norte con la fundación de San Ignacio Kadakaamang. El sitio de esta última misión había sido descubierto por Pícolo en uno de sus viajes de exploración, y su lejanía de Loreto obligó a los misioneros a apresurar su producción propia, con vistas a la mayor autosuficiencia posible. Enseguida se construyó una presa para almacenar aguas de riego y muy pronto, las buenas tierras del pequeño valle convirtieron a San Ignacio en la más floreciente de las misiones californianas.³⁰ Se sembraron viñas, olivos e higos, calabazas, granadas, legumbres, caña de azúcar y algodón. Se introdujeron por primera vez a la península, palmeras datileras. El vino de San Ignacio pronto fue reconocido por su calidad, y el ganado vacuno y las ovejas abastecieron de carne y material para vestido. Como en el resto de las misiones se hicieron esfuerzos por organizar a los indios de los alrededores en pueblos de visita, que tuvieron pequeñas capillas, algunas chozas, y se cultivó y se criaron animales. Con el paso de los años, en San Ignacio se construiría una gran pared protectora contra inundaciones y se organizarían dos escuelas para niños y niñas.

La expansión de la cadena de misiones hacia el norte de la península fue acompañada de múltiples viajes de exploración y reconocimiento del terreno, que fueron abriendo camino a los incansables jesuitas. Llegaron e inspeccionaron la isla de Cedros y la actualmente llamada isla de la Natividad, ambas en el océano Pacífico. Con un barco construido por ellos al norte de Mulegé fueron a la isla Tiburón en el golfo de California y cruzaron a la costa continental. Llegaron dos veces por mar a la desembocadura del río Colorado y a la costa de la Pimería en Sonora, y bordearon todo el perfil interior californiano. Exploraron la isla Ángel de la Guarda y algunas porciones de la costa del Pacífico. Por tierra atravesaron las sierras de sur a norte e intentaron también llegar al delta del Colorado. De todo ello los jesuitas dejaron descripciones, diarios y mapas; Peter Masten los llamó los más activos exploradores del mundo y los más precisos cartógrafos y geógrafos de aquellos años.³¹

Después de la fundación de San Ignacio Kadakaamang en 1728, habrían de pasar más de dos décadas antes de que la cadena de misiones jesuíticas diera otros pasos adelante por los intrincados paisajes del norte bajacaliforniano. Las revueltas sureñas habían asestado un duro golpe al ímpetu expansionista. Con todo y todo un nuevo plan seguiría empujando hacia el norte: la idea de unir las misiones californianas con las de Sonora y Sinaloa, una vez comprobada la peninsularidad de Baja California.

En 1752 se fundó Santa Gertrudis en un lugar de poca agua y escaso suelo fértil. Se llevó tierra de otras regiones y se construyeron un pequeño acueducto y un pozo artesiano. San Francisco Borja tardó diez años más en construirse y también sufrió de poca fertilidad, la sequía del clima imperante y el aislamiento. Finalmente, en 1767, los jesuitas fundaron su última misión, la más norteña y de efímera vida, que fue Santa María de los Ángeles.

³⁰ Masten, 1968.

³¹ *Ibid.*

El sistema completo

“En la medida en que se desarrolló este proceso general de expansión que multiplicó los enclaves misionales en el vasto mundo aborigen californiano, fueron generándose a nivel local otros procesos en el sentido inverso, es decir, tendiente a convertir a cada núcleo en un centro aglutinante de población nativa”³²

La ocupación jesuítica de la península había llegado a su máxima extensión y el sistema de misiones estaba estructurado con gran homogeneidad y funcionaba con los mismos compases de norte a sur. Cada cabecera misional contaba con una iglesia, casas para misioneros y soldados y pocas chozas donde vivían unos cuantos neófitos. En algunos lugares había un edificio de almacén, uno de escuela y, como en Loreto, el cuartel del presidio. Se intentaba agrupar a los indios de los alrededores en torno a las misiones para constituir pueblos; sin embargo, la esterilidad de la tierra, la inconstancia de las fuentes de agua y la irregular llegada de abastecimientos por barco no permitían sostener a una población numerosa. Cuando los alimentos escaseaban, los indios volvían a sus lares para asegurarse la sobrevivencia cazando, pescando o recolectando como lo habían hecho desde tiempos ancestrales.

Aparte de las cabeceras, no hubo en California otros establecimientos de importancia con población indígena. Los misioneros hacían esfuerzos por acercar y reunir a los indios que vivían alejados de las misiones, en los llamados pueblos de visita y que, como ya se dijo, no eran más que zonas en las que un grupo de californios solía desplazarse con regularidad. En las visitas se solía edificar algunas construcciones sencillas que hacían posible al misionero alojarse de vez en cuando y officiar los ritos religiosos. Pero si bien esas pequeñas construcciones hacían constantemente presente el nuevo orden que trataba de imponerse, no eran suficientes para lograr el asentamiento de cazadores-recolectores, a menos que el medio físico local y la constante visita del religioso a cargo permitieran el desarrollo agrícola. Muchas veces, eran los indios de las rancherías dispersas los que visitaban periódicamente las cabeceras para recibir la doctrina, pero sobre todo atraídos por la comida que se les proporcionaba durante su estancia.³³

Las misiones no solo eran centros religiosos sino también pequeñas unidades de producción. La propiedad de la tierra y los instrumentos de trabajo era comunitaria, y los misioneros fungían como administradores de las propiedades misionales. Donde el suelo y el agua lo permitían, se cultivaba y se llevaban a cabo obras de riego. Pero pocas fueron las misiones que lograron tener una producción agrícola suficiente para sostener a toda su población. La agricultura no fue la única fuente de recursos básicos para las misiones. El ganado se expandió en territorios muy amplios y fue elemento importante para la economía misional. En general, la ganadería adoptó un carácter de libre pastoreo ya que las condiciones del medio impedían mantener al ganado estabulado, y ello dio por resultado que la mayoría de los animales crecieran y se reprodujeran en calidad de cimarrones. Aunque la cría de ovejas y la producción de algodón hicieron a la colonia californiana un poco menos dependiente, y el vino producido que se exportaba a las misiones de Sonora y Sinaloa contribuía con la prosperidad, siempre hubo que importar lo que llegaba por barco a expensas del Fondo Piadoso: productos agropecuarios, ropa, utensilios de trabajo, madera

³² Ríó, 1984, p. 70.

³³ *Ibid.*

para la construcción, y enseres para los altares y el funcionamiento del culto católico. Por lo menos dos veces al año llegaban los bastimentos en mulas hasta Guaymas o Matanchel, y ahí se embarcaban rumbo a Loreto. Llegados a aquella capital se almacenaban y, poco a poco, se iban distribuyendo, enviando a cada misión lo necesario.³⁴ A pesar de las distancias que separaban los centros misionales y de que cada misión era administrada por su respectivo ministro, hubo una gran uniformidad en el método de gobierno y en la conciencia de los misioneros respecto de su labor colectiva. Los recursos importados se administraban en una forma centralizada desde Loreto y por ello había una comunicación constante que contribuía a integrar al sistema en su conjunto.

Es lógico entonces, que la expansión del número de misiones fuera paralela al desarrollo de la red de comunicaciones. Los jesuitas abrieron y nivelaron muchos caminos que servían al paso de hombres y de ganado. Lo hicieron con materiales traídos de la contracosta. Un camino real unía los principales pueblos misionales al norte y al sur de Loreto, y de ese camino y de cada misión, salían otros más pequeños que llevaban a los pueblos de visita e inclusive a lugares más lejanos en los que había población india que catequizar. Masten habla de doce caminos que en 1717 iban de costa a costa en la península, y un jesuita entusiasta y exagerado, que en 1730 visitó California, aseguraba que la labor hecha para abrir caminos en lo que iba de ocupación jesuítica, era mayor que la que se había hecho en el resto de la Nueva España a lo largo de dos siglos.³⁵ Pero la intensa e infatigable labor tocaba a su fin. Los días de la California jesuítica estaban contados cuando se fundaba Santa María de los Ángeles, la última misión californiana de los jesuitas.

¿La utopía posible?

El 24 de junio de 1767 la Compañía de Jesús fue expulsada de España y su vasto imperio. La expulsión fue la expresión señera de las reformas borbónicas. Durante los siglos XVI y XVII los frailes ignacianos habían desempeñado el papel de adelantados, abriendo fronteras e incorporando nuevas tierras al imperio español; pero en aquel momento, cuando España se batía por ir a la par de otras potencias en el huracán ilustrado y de modernización económica, los religiosos se convirtieron en un obstáculo, al sacar de los circuitos comerciales extensas porciones de tierra y al sustraer a mucha mano de obra mediante la protección de los indios que, de poder ser explotados, aumentarían la productividad de las colonias. Los jesuitas se habían convertido en un freno para el desarrollo del capitalismo mercantil.

La noticia llegó a California. El catalán Gaspar de Portolá había sido nombrado gobernador de la península y sería el encargado de llevar a cabo el decreto de expulsión. Arribó a Loreto en octubre de 1767 para reunirse con la cabeza del sistema misional, y girar la instrucción de mandar reunir a los misioneros; unos meses después todos se hallaban en Loreto. El 3 de febrero de 1768 los jesuitas fueron embarcados para ser llevados al puerto de Matanchel en Nayarit. En un testimonio escrito por Benno Ducrue, quien era visitador y superior de las misiones cuando se produjo la expulsión, se cuenta que la conmoción fue

³⁴ A los soldados y otros hombres al servicio de los misioneros, se les distribuían bienes en forma de pagos. Masten, 1968.

³⁵ Masten, 1968, p. 152.

mayúscula, y que en su camino a la playa para subir al barco, los jesuitas se vieron rodeados de indios, de soldados y ayudantes suyos que caían de rodillas a su paso, lloraban y se les abalanzaban con aspavientos de dolor.³⁶ Es probable. Hacía setenta años que los frailes de sotana negra manejaban los destinos de aquella gente. Para ellos, para los soldados de la Compañía de Jesús, era el fin de la utopía, esa que el historiador Manuel Marzal cree que fue, quizá, “la única utopía posible.”³⁷

Parece un hecho irrefutable que los jesuitas estuvieron cerca de alcanzar lo que por definición es de muy difícil realización. Como se explicó líneas arriba, la suya era una utopía cristiana de corte renacentista que pretendía sustraer territorios y personas a las relaciones de dominación colonial, lograr una óptima organización social con autonomía económica y, por supuesto, salvar almas a través de la evangelización de los indios. Para construir su proyecto se valieron del aislamiento peninsular -que por otra parte tantos problemas de abasto les causaba- y de la categoría de exclusividad conseguida por la orden para trabajar en Baja California. Los jesuitas se aplicaron en la reducción de los californios al orden espacial y social del esquema misional, al tiempo que les libraban del trabajo y la explotación del sistema económico presente en el resto del virreinato: se les excluía del pago de tributos a la Corona y del trabajo forzado o remunerado en haciendas agrícolas o ganaderas.

Pero al mismo tiempo, la empresa jesuítica abonó a los propósitos de la monarquía en cuanto a la apertura de fronteras, a la integración de territorios nuevos y a la habilitación de un resguardo portuario para el galeón de Filipinas. Mucho cuidado pusieron siempre los ignacianos al insistir en la compatibilidad de su proyecto misionero con los intereses cristianos de la Corona española, e incluso apuntaban las posibilidades futuras de explotación económica; era únicamente un recurso de habilidosa diplomacia, porque nunca dieron pasos para facilitar la llegada de población laica con esos fines, y cuando no pudieron evitarlo, como en el caso de los enclaves mineros del sur, bloquearon, confinaron, sabotearon lo más que pudieron. Pronto se hizo evidente la divergencia de intereses entre el proyecto de la monarquía imperial y aquel de los jesuitas, que manejaban sus propios recursos financieros, contaban con barcos propios para transportar los bastimentos para la colonia, administraban su producción agropecuaria, y dictaban justicia y jurisprudencia sobre indios, militares, marineros y sirvientes.³⁸

Pudieron trabajar a sus anchas. Lograron, a pesar de las dificultades, mantener centros de población arraigados en el territorio, convencidos, como muy bien explica Ignacio del Río, de que el haber mantenido fuera de la península cualquier afán de lucro les había ganado los favores de la Virgen para alcanzar sus objetivos; con tan brillante protectora era posible creer que la lejana California sería la provincia de un cristianismo modelo. “Acaso tampoco quiso Dios que se lograsen las primeras tentativas sobre la California cuando era el primer objeto el bien temporal y el segundo el de la religión; y por el contrario, dio feliz cumplimiento a los deseos cuando se buscó el reino de Dios en primer lugar y en segundo el bien de la monarquía.”³⁹

³⁶ Burrus, 1967.

³⁷ Marzal, 1992, p. 37.

³⁸ Río, 1999.

³⁹ Esto escribió el jesuita Miguel Venegas en los años treinta del siglo XVIII. Citado en: Río, p. 102.

En aquel “reino de Dios” californiano, con las directrices de José de Acosta bien aprendidas, los jesuitas le hablaban a los neófitos en sus propias lenguas, convirtiéndolas en idiomas escritos con las gramáticas y otros textos que elaboraron; educaron en las escuelas que abrieron junto a algunas de las iglesias; a los indios que lograron reducir y volverlos sedentarios les enseñaron a cultivar y a cosechar, a transformar la uva en vino y el algodón en tejidos; a construir caminos, iglesias y casitas para vivir. Hicieron estudios naturales y etnográficos. Organizaron bibliotecas en cada misión, en las que no únicamente se contaban misales, breviarios, biblias, catecismos, vidas de santos o libros de teología. Por un inventario de las bibliotecas levantado en 1773 se sabe que en la Baja California jesuítica también se leía filosofía, metafísica, historia, derecho, medicina, arquitectura, matemática, ensayo, poesía y novela en diversos idiomas. No faltaba, por supuesto, algún ejemplar del Quijote de Cervantes.⁴⁰

Sin embargo, la de los jesuitas no fue del todo una labor civilizatoria y de evangelización sin conquista, como pretendía su utopía. La imposición de un nuevo orden implicaba disciplina, imposición, castigo y, como bien claro quedó con la sublevación guaycura y pericú, represión violenta cuando hizo falta. La presencia del presidio de Loreto y un soldado armado, aunque fuera uno solo, junto a cada misionero, era una advertencia constante.

¿Se puede hacer equiparable la experiencia jesuítica entre los californios del extremo noroeste del imperio español, con las tenidas entre los aymarás del Juli peruano, los guaraníes de la selva paraguaya, los tarahumaras y yaquis de la Sierra Madre Occidental o los pimas del desierto de Sonora? Sin duda es posible, no obstante la lejanía geográfica, las diferencias demográficas, la variedad en el tamaño de las poblaciones y en la afectación por epidemias, los diversos grados de resistencia o, si se quiere, de docilidad de los indios para aceptar la imposición, y también a pesar de las extremas disparidades del medio ambiente y sus recursos en cada lugar.⁴¹ Se trata de un modelo común con resultados diferentes; una misma utopía cristiana en la que se adoctrinó expandiendo los horizontes de la fe católica, en la que hubo una autoexclusión, hasta donde fue factible o conveniente, respecto de los circuitos económicos y territoriales coloniales, en la que se organizaron pueblos de misión en los que la propiedad de la tierra y el trabajo eran comunitarios, se intentó sustraer a la población evangelizada de la explotación en haciendas o minas, se aprendieron y respetaron las lenguas, se educó a niveles elementales, se enseñó música, se instruyó en técnicas de trabajo, se alteraron las formas de vida y de organización socio-espacial, se impuso una nueva cultura, se gobernó de forma teocrática.

Más aún: se puede hablar también de paralelismos entre la labor ignaciana en las periferias del imperio español de América, y el temprano experimento utópico de Vasco de Quiroga en sus pueblos-hospital de la Santa Fe durante el siglo XVI, mismo que ya franciscanos y agustinos habían intentado reproducir sin tanto éxito, y que los jesuitas conocían bien. La “república de hospital” en la sierra de Las Cruces en el valle de México y la de Pátzcuaro en Michoacán fueron excepcionales. A diferencia del resto de comunidades hospitalarias que proliferaron en las primeras décadas del siglo XVI, la inspiración en la utopía de Moro hizo de los hospitales de Quiroga modelos de colonia socialista cristiana, con una escuela

⁴⁰ Mathes, 1991.

⁴¹ Ver: Marzal, 1992; Marzal, 1994.

para estudios humanísticos, escuelas de oficios, asilo y, por supuesto, el hospital para enfermos.⁴² Tierras y ganados, viñas y olivares pertenecían de forma comunitaria a los hospitales; hombres y mujeres trabajaban 6 horas al día, y los productos especializados de cada pueblo se intercambiaban mediante un comercio justo que satisficiera las necesidades de la comunidad. Quiroga concibió sus hospitales como estados de varias decenas de miles de habitantes.⁴³ Los jesuitas no consideraron, como sí hizo Vasco de Quiroga, la educación superior para los indios; sus comunidades vivieron en un mayor aislamiento en los confines del imperio y procuraron, si podían, entrar a los circuitos del comercio exportando los excedentes de su producción, cosa que lograron sobre todo en la “república guaraní” del Paraguay, con su rica cría de ganado, y su producción de cultivos comerciales como la yerba mate y otros. El aislamiento de las comunidades jesuíticas les permitió una duración más larga, sobre todo a la de Paraguay con su siglo y medio de vida, mientras que el ensayo utópico de Quiroga no pudo resistir ni medio siglo, por encontrarse en el centro mismo del virreinato de la Nueva España, donde los intereses económicos de los españoles no se podían permitir la supervivencia de un ensayo que libraba a los indios del tributo y de la explotación.

La expulsión de la Compañía de Jesús significó el fin de la utopía que había sido posible, y la que lo había sido, quizá, por más tiempo. Los ataques y las reacciones en su contra se dieron rienda suelta. Las ideas ilustradas no podían permitir, en la segunda mitad del siglo XVIII, estados de excepción fuera del control del Estado monárquico absoluto, ni una corporación con tal acumulación de riqueza, tal control de territorios y de personas que, además, debía obediencia a un Estado extranjero. Concretamente en Baja California, la utopía se hizo factible mientras a la Corona de España le convino que los jesuitas avanzaran por tierras que le había sido imposible conquistar y muy caro intentarlo, y mientras le interesó que aquellos adelantados le ayudaran a asegurar un puerto para la nao de China. Pero cuando el visitador José de Gálvez llegó a la península para vigilar la efectiva reorganización a la salida de los jesuitas, un nuevo asunto de impostergable exigencia geopolítica preocupaba ya a los españoles: el avance sobre los territorios de la Alta California.

Al final de la guerra de siete años, en la que Francia y España pelearan como aliadas frente a Inglaterra, hubo cambios trascendentales en el norte de América: Francia cedió a Inglaterra Quebec y todo el territorio francés al este del río Mississippi; España le cedió la Florida y sus posesiones al este del mismo río, a cambio de que se retirara de La Habana; y España recibió de Francia la Lousiana y Nueva Orleans, siempre y cuando se comprometiera a respetar el derecho inglés a navegar libremente por el río. La guerra dejó a Francia prácticamente fuera de América y significó una gran derrota para España, que quedó sola frente a la *pérfida Albión*. Y por si todo esto fuera poco, Catalina II de Rusia enviaba expediciones por las costas noroccidentales de América para comprobar las noticias de los cazadores de su país, que hacían avanzadas por aquellas latitudes tras los animales con cuyas pieles comerciaban.⁴⁴ Había que fijar urgentemente límites precisos a las fronteras del norte, asegurando la presencia y el control imperial de España sobre el

⁴² Messmacher, 1997, p. 378.

⁴³ Miguel Messmacher refiere una reunión de Vasco de Quiroga con Ignacio de Loyola durante una estancia del primero en España. Messmacher, 1997.

⁴⁴ Moncada, 2012; Young, 1968.

territorio. Aquél fue el motor de la última gran expansión territorial española en sus colonias de ultramar que, además, le valió a la Baja California un nuevo y casi único papel: simplemente el de camino al norte.

Las misiones jesuíticas pasaron a manos de la orden franciscana y, muy poco después, cuando los franciscanos fueron designados para tomar parte en las expediciones a la Alta California, los dominicos ocuparon su lugar con el encargo de fundar nuevas misiones más al norte, para abrir la comunicación terrestre con el puerto de San Diego. Pero la construcción de la utopía había terminado. Los dominicos ya no pudieron hacer nada para salvar aquel mundo en el que se pretendió una armonía evangélica y una eficiencia socioeconómica. Los jesuitas habían hecho de las misiones el mecanismo para alcanzar la utopía como fin último, cuando, en la lógica de la monarquía, las misiones debían ser instituciones transitorias que prepararan a los indios catequizados para ser incorporados como vasallos tributarios al parejo del resto de la población de las Indias. Pero ya no pudieron ni siquiera cumplir ese papel. Y las razones fueron otras además de la expulsión de los ignacianos en el caso concreto de la Baja California. Primero, la catástrofe demográfica consecuencia de las epidemias, que había sido de proporciones tales, que prácticamente llevó a la extinción a los californios. Y, después, las estrecheces de un medio con agua escasa y muy poco suelo fértil habían negado los medios suficientes para asegurar la transición cultural que pretendían los jesuitas, hacia una sociedad sedentaria y agropecuaria. Los indios trabajaban en las labores agrícolas y ganaderas de las misiones, pero constantemente debían volver a su vida de cazadores-recolectores porque de la agricultura no se obtenía lo suficiente para la vida; acabaron por perder sus habilidades de supervivencia en las tierras secas y poco pródigas.

Ignacio del Río lo ha dicho sin ambages: el quimérico y colosal proyecto de integración de los jesuitas en Baja California resultó aniquilante.⁴⁵ Y en ese sentido cabe pensar también en la conclusión que Bartomeu Meliá arroja respecto de las misiones jesuíticas en Paraguay, extrapolándola a las de la península alargada y estrecha: “fueron utopía anticolonial, pero no llegaron a ser política real contra la colonia.”⁴⁶ Es más, la utopía que por un tiempo se creyó posible, fue una dimensión más del complejo proceso histórico del expansionismo colonial europeo.

Como experiencias humanas, las empresas misionales de los jesuitas tuvieron su espacio y su tiempo particulares, muy localizado aquél, inevitablemente perentorio éste; pero no sería correcto pensar que fueron experiencias que se agotaron en sí mismas y que no tuvieron alguna forma de trascendencia en esta América que emergió, se ha dicho, del encuentro de dos mundos.⁴⁷

⁴⁵ Río, 1984.

⁴⁶ Meliá, 1988, p. 129.

⁴⁷ Río, 1999, p. 112.

Bibliografía

AMAO Manríquez, Jorge Luis. *Minas y mineros en Baja California 1748-1790*. Tesis de licenciatura dirigida por Ignacio del Río. México: Facultad de Filosofía y letras-UNAM, 1981.

ARNAL Simón, Luis. Formación de las haciendas jesuitas en el norte de México. El caso del Colegio de Zacatecas. In NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (comps.). *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, p. 125-139.

BURRUS, Ernest J. *Ducrue's account of the expulsion of the Jesuits from Lower California*. Roma: Jesuit Historical Institute.

CARBÓ, Margarita. No hay tal lugar. *XVIII Jornadas de Historia de Occidente. Las utopías. 18 y 19 de octubre de 1996*. México: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A.C., 1997, p. 13-18.

ENGEHARDT, Zepherin. *The missions and missionaries of California*. San Francisco, California: The James H. Barry Company, 1908.

FLORESCANO, Enrique. Colonización, ocupación del suelo y “frontera” en el norte de la Nueva España, 1521-1750. *Tierras nuevas*. México: El Colegio de México, 1973, (Nueva Serie, n°7).

GARCÍA Castellón, Manuel. *De procuranda indorum salute: salvación y liberación del indio en José de Acosta, S.J. Inti. Revista de Literatura Hispánica*, primavera 1994, vol.I, n° 39, p.3-18.

HEUFEMANN-BARRÍA, Elsa. *Orellana, Ursúa y Lope de Aguirre: sus hazañas novelescas por el río Amazonas (siglo XVI)*. Granada, España: La Mirada Malva, 2014, 257 p.

La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan maría Salvatierra, S.J. (1697-1699). Edición, introducción y notas de Ignacio del Río, Estudio biográfico de Juan María Salvatierra de Luis González Rodríguez. México: Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1997.

NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (comps.). *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005.

MARZAL, Manuel. *La utopía posible. Indios y jesuitas en la América colonial (1549-1767)*. Tomo I. Brasil, Perú, Paraguay y Nuevo Reino. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992.

MARZAL, Manuel. *La utopía posible. Indios y jesuitas en la América colonial (1549-1767)*. Tomo II. Chile, Quito, Nueva España y nueva Francia. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.

MARZAL, Manuel. ¿Las misiones jesuitas, una utopía posible? In NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (coords.). *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América colonial*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999, p.489-504.

MASTEN Dunne, Peter. *Black robes in Lower California*. Berkeley, California: University of California Press, 1968.

MATHES, Michael. Oasis culturales en la antigua California: las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773. *Estudios de Historia Novohispana*, 1991, vol. 10, p. 369-442.

MELIÁ, Bartomeu. *El guaraní conquistado y reducido*. Asunción, Paraguay: Centro de Estudios Antropológicos Universidad Católica, 1988.

MESSMACHER, Miguel. *La búsqueda del signo de Dios. Ocupación jesuita de la Baja California*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997, 418p.

MONCADA, Maya, José Omar. *Miguel Constanzó y la Alta California. Crónica de sus viajes (1768-1770)*. México: Instituto de Geografía-UNAM, 2012.

PASCUAL, Guayangos de. *Libros de caballerías*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1963, 539p.

POWELL, Philip Wayne. *La guerra chichimeca (1550-1600)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.

RÍO, Ignacio del. *Conquista y aculturación en la California jesuítica 1697-1768*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1984.

RÍO, Ignacio del. *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*. La Paz, México: Dirección de Cultura-Gobierno del Estado de Baja California Sur, 1985.

RÍO, Ignacio del. Ambigüedades y contradicciones de un régimen de excepción: los jesuitas y el gobierno de la provincia misional de California. In NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (coords.). *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América colonial*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999, p. 97-113.

RÍO, Ignacio del. Las haciendas del Fondo Píadosos de las Californias. In NEGRO, Sandra y MARZAL, Manuel (comps.). *Esclavitud, economía y evangelización. Las haciendas jesuitas en la América virreinal*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005, p. 141-154.

Tentación de la utopía: La República de los jesuitas en el Paraguay. Prólogo de Augusto Roa Bastos, introducción y selección de Rubén Bareiro Saguier y Jean-Paul Duviois. Barcelona: Tusquets, 1991.

VALCÁRCEL Martínez, Simón. El padre José de Acosta. *Thesaurus*. 1989, vol. XLIV, n° 2, p. 389-428.

WHITMORE, Thomas M. y TURNER, B.L. Landscapes of Cultivation in Mesoamerica on the Eve of the Conquest. In BUTZER, Karl W. (ed.). *The Americas before and after 1492: Current Geographical Research, Annals of the Association of American geographers*. September 1992, vol. 82, n° 3, p. 402-425.

YOUNG, Raymond Arthur. *La influencia de Godoy en el desarrollo de los Estados Unidos de América, a costa de Nueva España*. México: Editorial Jus, 1968.